

ZOCOS, 21

RAPSODIA ITALIANA

© De la introducción, Juan Bonilla
© De los textos, Fernando Castillo Cáceres
© De las fotografías, Fernando Castillo Cáceres

© Confluencias, 2021
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-122377-5-7

Depósito legal: AL 2933-2020

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

FERNANDO
CASTILLO

RAPSODIA ITALIANA

ROMA, NÁPOLES, PALERMO

Introducción de
Juan Bonilla



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

Introducción, <i>Juan Bonilla</i>	13
Roma	21
Nápoles	85
Palermo	143

*Para los amigos Juanes:
Juan Bonilla, Juan Malpartida y Juan Ángel Juristo*

«De Italia las riberas he barrido».

Miguel de Cervantes,
Viaje del Parnaso

FERNANDO CASTILLO, VIAJERO

Lo tengo escrito por ahí, pero me casa ahora citarlo: si haces demasiados preparativos de viaje, no estarás haciendo un viaje sino una excursión; si no haces ningún preparativo, tampoco estarás emprendiendo un viaje sino una huida. Entre la excursión y la huida, está el viaje.

Es el caso de este dichoso Fernando Castillo, que sabe pararse a tiempo antes de empezar el viaje: cuando ya lleva acumulada información suficiente, detiene la curiosidad para que el lugar donde viaje le brinde sus propias sorpresas ya sobre el terreno. Claro que *suficiente* es un término impreciso y subjetivo: lo que él considera sólo *suficiente*, a otros nos parece enciclopédico y excesivo. Cada viajero se conoce, es su propio termómetro. Si yo supiera de los lugares a los que voy lo que Fernando Castillo sabe de los lugares

a los que va, ni siquiera me pondría en marcha, y, sin embargo, a él esa información le sirve de gasolina. Se diría que no hay calle por la que pasa de la que, antes de haber entrado en ella, no pudiera decir cuántos homicidios ha visto y en qué libros se registran, a cuánto estaba la barra de pan en 1958 o qué espía se alojó en qué pensión —y hasta en qué habitación de esa pensión— y de qué color tenía pintadas las uñas la empleada que registró el ingreso. Y a pesar de ese cúmulo informativo con el que carga, será incapaz de salir de esa calle sin cosechar nueva información, ya sea inspeccionando el terreno y fijándose en detalles en los que nadie había reparado, bien sea mediante el remedio de la conversación, arte que domina incansable hasta acalambarte las meninges. Su curiosidad es insaciable. Siendo de formación historiador, se diría que de casta le viene al galgo, pero me parece que esa formación le ha dado unas herramientas que luego emplea a sus anchas para alcanzar sus propósitos. Y es que, interesado sin duda por la Historia —o por tratar de que la Historia sea algo más que ese relato casi siempre falaz de hechos casi siempre insignificantes protagonizados por políticos casi siempre muy listos y militares casi siempre muy tontos, al que se refería Ambrose Bierce en su *Diccionario*

del diablo— Fernando Castillo busca en todos sus libros ir desenterrando historias. En las nieblas del París nocturno y ocupado persiguió fantasmas siniestros, como persiguió en el Madrid del 36, en el que se podía ir a la guerra en tranvía, toda una cabalgata de personajes con historias apasionantes, deprimidas, emocionadas, para erigir un auténtico monumento narrativo con esa metodología suya que no quiere nunca descender o rebajarse a la novela, a pesar de lo cual muchos de sus libros son auténticos ensayos narrativos.

Como en aquella película sobre la DDR, a Castillo le interesan «las vidas de los otros». Se sumergió en la vida de Hergé para deparar una biografía que cumple con los cánones del género —tan bien impuestos por la tradición británica y tan poco respetados entre nosotros, donde tantas veces al mero perfil o a la sucesión de anécdotas se le llama biografía, sin que quienes las escriben tengan la menor tentación de entrarse hasta lo hondo de las vidas que cuentan, es decir, contarnos algo más que unos sucesos, indagar en las obras de los biografiados—, y recogió sus piezas variadas en *Atlas personal*, un libro delicioso que publicó, con propia cubierta del autor —pintor también de vez en cuando como de vez en cuando es fotógrafo en la estela de su maestro, Bernard

Plossu— antes de abrir otra puerta en su obra: la puerta del viajero, a la que pertenece *Un cierto Tánger* y también el libro que estas líneas prologan.

Se nos ha ido de rapsodia Castillo a los sures italianos, con escala inevitable en Roma, y aunque no los he contado, calculo que, a pesar de la brevedad de su libro, deben comparecer en él decenas, si no un ciento, de personajes. Roma en enero, lo sé porque lo he padecido, es ingrata: lo que no obsta para que el viajero le saque partido y nos señale puntualmente lugares inevitables y nos diga, no sólo por qué son inevitables, sino también qué antepasados nuestros —pues somos todos hijos de Roma, hermanos en Roma— dijeron algo sobre ellos. Alía Castillo sus itinerarios con informaciones que los enraízan con bibliografía, siempre muy escogida, o con apuntes sacados de su agenda de recolector de pintores no muy conocidos —Castillo vive en un pequeño museo donde no hay pared en la que quepa un cuadro más—. De ahí que la Roma que aquí nos enseña sea la majestuosa ruina, pero también la ciudad que parece estar durmiendo una siesta antes de estallar en primavera como estalla. La cabalgata de nombres y sitios seguirá en Nápoles, la ciudad en la que el rojo de los semáforos es una mera sugerencia, según me dijo una vez un conductor

que estuvo a punto de atropellarme cuando yo cruzaba correctamente una calle. Nápoles, que empieza en el mar y de ahí tira hacia arriba, la Nápoles donde Ramón inventó una historia de amor imposible que apenas retrataba unos amoríos tan verídicos y peligrosos que tuvo que mandarle por correo las llaves de su piso, ya a salvo en Madrid, a la propietaria que se lo alquiló. La ciudad onírica que vio Norman Lewis, el escritor que crucificó Nápoles en frase inolvidable: a los tres días quieres irte como sea, a las dos semanas de estar en Nápoles ya no quisieras irte nunca. Bella y horrible, según sentenció Ruano. Todos ellos salen en la estampa que le dedica Castillo a Nápoles en su *Rapsodia italiana*. Como sale Malaparte, cuya casa de Capri ha suscitado casi más bibliografía que su propia obra, admirable a menudo. Y luego Palermo, completando la terna, también llena de referencias exquisitamente espigadas por Castillo para leer la ciudad en la que está a través de los textos que se han acumulado sobre ella. Porque las ciudades para Castillo son no sólo sucesión de calles y edificios y plazas y monumentos, sino que se cubren con una capa de textos que, a manera de holograma, se han ido colocando, sedimentando en el aire, sobre ellas, proporcionando imágenes particulares en las que lo que el viajero ve no es

sólo lo que se ve, sino también todo lo que se ha escrito o pintado o hasta musicado sobre ellas.

Importa destacar de la *Rapsodia italiana* de Castillo que no se limita a ser una recolección de paseos eruditos: las referencias bibliográficas y artísticas son veloces, tienen calidad de apunte de conversación, como si fueran invitaciones a que el lector abra esas puertas que el viajero se limita a señalarlos. E importa, sobre todo, considerar la condición de fotolibro de esta *Rapsodia italiana*. Porque Castillo es un fotógrafo compulsivo con evidente capacidad para cazar la fotogenia callada de las ciudades por las que transita. Viene de una tradición muy clara de fotógrafos de intemperie, fotógrafos que desconfían del instante decisivo y saben que la repetición cotidiana de escenas procura tanta fotogenia como la que busca el cazador de instantes irrepetibles, entre otras cosas porque todo instante es irrepetible. Su portentoso blanco y negro, su atención a personajes que están en un café o sencillamente pasan, sus retratos de edificios —pues es otro de los grandes intereses de Castillo: la arquitectura, de donde sale que no sea raro que le interese en Roma pasear el EUR, y no sea raro que uno encuentre en su texto un nombre tan querido como el de Marcello Piacentini—, apoyan, prestan vida, a sus excursiones italianas.

Introducción

Lo mejor que se puede decir de un libro de viajes o de un conjunto de estampas sobre ciudades es que, al terminar de leerlas, detestamos no tener tiempo o dinero para hacer comprar vuelos y hacer reservas para irnos de inmediato a ver lo que leímos. Y esa es precisamente la sensación que lo acompaña a uno cuando termina la *Rapsodia italiana* de Castillo: con qué ganas de volver a Roma, con qué ganas de perderse en Nápoles, con qué ganas de Palermo, sale uno de estas rapsodias que ha juntado el viajero Fernando Castillo.

Juan BONILLA

ROMA

En invierno se diría que Italia es menos Italia, que pierde algo de su leyenda mediterránea y de su atractivo para los viajeros del norte, dejando de ser ese capricho algo romántico y meridional que no sólo inspiró a Tchaikovski. Y es que en Roma el mes de enero es oscuro y frío, como si alertase de su cercanía al Este continental, a la *Mitteleuropa* a veces olvidada su proximidad por la siempre presente luz mediterránea. Ahora, en este enero, la lluvia cae inclemente sobre el antiguo Pons Aelius que lleva al castillo de Sant'Angelo. Es una tarde grisácea y solitaria en la que brillan las piedras pulidas y centenarias de las calles estrechas que salen de la Piazza Navona. En el atardecer, el antiguo sepulcro de Adriano, levantado extramuros en la orilla derecha del Tíber, destaca con su mole

maciza en una imagen única entre los edificios de Roma, sólo comparable al excepcional Panteón de Agripa. La gran construcción circular, cubierta por nubes grises y velada por la lluvia, convertida en una fotografía en blanco y negro, aparece inquietante, incluso algo sombría, como si temiese que se revelase alguno de los episodios que han tenido lugar en su interior, sobre todo desde que se aventaron las cenizas del emperador Adriano y se convirtió en fortaleza papal, confirmando el fin de la Roma imperial y el comienzo en la ciudad de épocas de inseguridades y miedos.

Quizás el día de noviembre de 1786 en que Goethe llegó a Roma, a la que llamaba «capital del mundo», fuera menos desapacible que esta tarde invernal, aunque ahora la ciudad no sólo conserva, sino que ha aumentado esa monumentalidad que asombró al escritor de Weimar y a todos los visitantes que desde los primeros días medievales acudían a la ciudad única. Sus impresiones acerca de la urbe, incluidas en *Viaje a Italia*, en una anotación del 2 de febrero de 1787, hoy, más de dos siglos después de su llegada, se diría que son las mismas que experimentan los visitantes que acuden a la ciudad: «El sol y la luna, lo mismo que el espíritu humano, tienen aquí una misión muy distinta que en otros lugares, porque aquí se

enfrentan a formidables construcciones». Unas líneas que muestran asombro aunque Goethe, que aun no participaba plenamente de la recuperación medieval que iba a traer el Romanticismo, sólo tenía ojos para la monumentalidad romana y renacentista.

A pesar de su entrega romana, en sus recorridos por la ciudad el escritor alemán apenas se detiene en la Roma medieval, la gran ignorada, a la que dos décadas después de la muerte de Goethe, Ferdinand Gregorovius dedicó un libro inolvidable en el que desvela las sombras de la urbe en esos siglos de hierro que siguieron al Imperio. Es la villa de las familias herederas de los linajes patricios, tan eternas como la misma Roma —los Gaetani, Colonna, Conti, Anguillara, Frangipani...—, que como los antiguos nobles romanos luchaban por el poder en una ciudad santa convertida en capital del mundo cristiano. Un poder que ahora no estaba en el Senado sino en el trono de San Pedro que, según la leyenda de esos siglos, oscuros por desconocidos, había ocupado una papisa llamada Juana que parece sólo fue un mito. Es la Roma en la que el papa pertenecía a una de las grandes familias de la urbe y, como ellas, vivía atrincherado, en su caso en el mausoleo de Adriano, convertido en el castillo